

© Emilio Ríos Ruiz-Esquide

© Ediciones Beta III Milenio, S.L.
Avda. Ramón y Cajal, 35. 48014 Bilbao
Tel./fax: 94 476 11 55
edicionesbeta@edicionesbeta.com
www.edicionesbeta.com

© Dibujos: Teresa Barrio

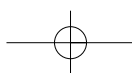
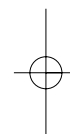
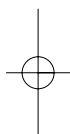
ISBN: 978-84-89212-59-6
D.L.: BI-1987-07

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sgts. Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Realización técnica: Ediciones Beta III Milenio, S.L. Printed in Spain

EMILIO RÍOS

69 PÉTALOS DE AMOR



EMILIO RÍOS RUIZ-ESQUIDE.

Bilbao, 1937. Catedrático de Instituto (Lengua y Literatura) y Doctor (Filología Hispánica) por Deusto, con una tesis sobre J. R. Jiménez.

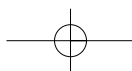
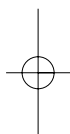
Ha dedicado la mayor parte de su ocio a la investigación literaria, fundamentalmente en lo que se refiere a Juan Ramón Jiménez, pero también a autores varios de nuestra Literatura. En este sentido, posee ya cinco libros publicados, además de otros dos que están a punto de aparecer. Asimismo, lleva años participando en congresos literarios y publicando profusamente artículos en esa misma línea.

En lo referente a la escritura creativa propia, Ríos, desde su juventud, ha escrito aforismos, obras teatrales, novelas, poesías y cuentos, obteniendo premios y distinciones en diversos concursos. La única novela editada (con motivo de haber sido finalista en el Premio Villa de Bilbao) se tituló *Un diario, dos mujeres y el amor*. Ha publicado el libro *Los mil mejores aforismos de J. R. Jiménez*, Ediciones Beta, 2006.

En este nuevo libro entra el autor en un campo inexplorado por él, el poema en prosa. Un canto al amor como pasión preferente de la vida.

A mi eterna musa
de serventesios ojos y de vampira boca.
Todo el viaje de querernos ha sido un amanecer.

“¡Cuán delicadamente me enamoras!”
San Juan de la Cruz



1

Sólo de verla un momento me enamoré con clara y decidida eternidad. Porque ella era más distinta que todos los distintos; más hermosa que cualquier hermosura; más deseada que todos mis deseos. Y el corazón latía en semifusas. Y todo ya fue azul y dios y mieles. Se curvaron las rectas, haciéndose espirales hacia la silueta agradecida de su sombra. Se rompieron los moldes de la aurora. Se rasgaron los velos del silencio. Amor que se despeña en la roja cascada de su fuego. Ella me dio el cheque en blanco de sí misma. Y me hizo el más rico de los hombres. El más sabio. El más afortunado. Se alcanza en un instante la llama del amor. Y luego sólo queda saber eternizarla.

Así empezó la historia de mi vida

2

Se ha despertado en mí, brasa tardía,
un palpar de fiebres y de amores
que en todo encuentra luces y colores
y en todo satisface al alma mía.

Nunca tanta pasión soñar podría,
tanto acento de voces interiores.
Como si me brotasen cien mil flores,
en un dulce desmayo de armonía.

Se ha despertado en mí, grave locura,
un aleteo de sedientas aves,
que me elevan, sin fin, hasta la altura

y en aromas de paz y de hermosura
dan solución a las secretas claves
de mi honda idealidad, sensual y oscura.

Hermosura de amar

3

He caminado hacia ti, con largo y violento afán, lleno de pedregales y desiertos; de hielos y de abismos. He asolado el sendero de la separación con amarillos y nerviosos incendios, devorando todas las distancias. He roto las barreras del sonido, buscándote. Pero no hacía falta. Tú ya venías a mí con prontitud serena y armoniosa; como caen los pétalos en una procesión del Corpus; como llega la lluvia en los otoños; como amanece el día; como pare el silencio. Nos hemos encontrado en mitad de un desierto, sin que faltara nada. Negociaron los ojos y las manos, tal vez una sonrisa, sin poner condiciones. Nos bastaba lo nuestro, en reciprocidad entusiasmada. Aunque, lo reconozco, yo fui de ambos el más afortunado.

*Frente a la herida mía,
tu dulce manantial inacabable*

4

Una noche, soñando, soñé que me soñabas;
que tu sueño y el mío se fundían en un solo
deleite, deleitados. Que era todo una dulce geo-
metría de arco iris por donde nos buscábamos.
Un bosque de deseos espejados. Era un sueño
imposible, interactivo y bello, como las desnude-
ces del amor. Yo te ensoñaba al límite de mi
imaginación enfebrecida. Y precisamente allí
estabas tú, a la vez, ensoñándome.

*¡Qué palacio haremos de la noche,
amor soñado!*

